

tos aspectos menores no deben ocultar que este volumen representa una defensa implícita del carácter irrenunciable de las aproximaciones interdisciplinarias como respuesta a la cambiante fisonomía del panorama académico, así como una contribución significativa y reveladora a otros debates académicos corrientes, con especial atención a las relaciones trasatlánticas y a las concurrencias entre lo histórico y lo ficticio en su carácter narrativo.

Southern Utah University

MATÍAS MARTÍNEZ ABELÓN

CREACIÓN

Lola Beccaria. *Una mujer desnuda*. Barcelona: Anagrama, 2004. 209 pp.

La recepción crítica de Lola Beccaria ha sido muy positiva, según las citas de conocidos críticos en la solapa de *Una mujer desnuda*. Beccaria, una filóloga que trabaja como lexicógrafa en la Real Academia de la Lengua, ha publicado dos novelas más —*La debutante* (1996) y *La luna de Jorge* (finalista del Nadal, 2001)—, y colabora en *ABC* y *La voz de Galicia*. Parecería ser un valor en alza en las letras españolas. Todo esto, junto con la prestigiosa editorial que le publica esta novela, acrecienta las expectativas de los/las lectores/as. Para algunos, las cumplirá.

La filiación de *Una mujer desnuda* es clara: es en varios sentidos la hermana menor de *Las edades de Lulú* (1989) de Almudena Grandes. Las dos son *Bildungsroman* eróticas que narran las aventuras de una madrileña precoz. Lulú empezó sus escarceos sicalípticos a los quince, pero Martina le gana, comenzando a los ocho. Inicia sus andadas en la bañera, donde el hábil manejo de un patito de goma la lleva a experimentar sensaciones inéditas. No es la única variación que presenta la novela de Beccaria respecto del modelo. Después de todo, «Lo que está muy visto / no puede sorprender a nadie», como dijo Vicente Aleixandre en «El Vals», y si el desmadre de Lulú era escandaloso en 1989, para 2004 no lo es tanto. Los desplantes necesitan un remozamiento para seguir surtiendo efecto. Así que Martina pasa de la bañera a los brazos (y boca y otro órgano) de Damián, un médico amigo de la familia que la atiende por la herida que le causó el patito. La lubricidad debe de ser como el comer y rascar: todo es comenzar.

La novela está dividida en 23 capítulos, generalmente breves, con títulos que suenan a película pornográfica o culebrón subido de tono: «Mi dueño»; «Ese bulto que crece por mi magia»; «Semen enamorado»; «Corrupción en la piscina»; «Princesa puta»; «Yegua dominada»; «El Ministerio de la Ropa Interior». Hay cuatro capítulos que sobrepasan las diez páginas y en ellos, algo burdamente, se narra lo más pesado de la historia: el flechazo con Damián, quien lejos de reñir a la nenita por haberse

hecho pis, se lo bebe (12 págs.); la *fellatio* en su consultorio (32 págs.); la comprensión de Martina, enterada a los 16 años del casamiento de Damián, de que le espera un futuro negro: «Ya sería, a partir de entonces, Martina doble, el monstruo de dos cabezas, una con un cerebro y otra con un coño en forma de corazón» (120; 11 págs.); acto seguido, su gozoso desvirgamiento por el padre de una amiguita (13 págs).

Una mujer desnuda pretende ser un alegato en contra del puritanismo: «Una moral estrecha y pacata es el cinturón de castidad de nuestro placer, y hay gente que no se lo desabrocha en la vida» (11). La voz narrativa, perteneciente a Martina, advierte a los eventuales receptores del texto que si le critican los avatares contados, será porque todos «llevamos a rastras, cosido a nuestras carnes, un saco de prejuicios con que viajamos a todos lados» (10). Por reprimidos, sólo «nos queda juzgar, señalar con el dedo... practicando la censura como sucedáneo de la vida» (11). «No pretendo afirmar,» sigue amonestando a sus potenciales críticos, «que estáis mal follados. Pero tal vez sí. Lo estáis. Lo estamos todos» (11).

A riesgo de colgarme ese sambenito, debo señalar que la novela de Beccaria no logra convencer al lector que viviría mejor desnudo, libre del «refajo puritano» (205). Al terminar la narración de su triste odisea por el mundo, con los «hitos más o menos jugosos de mi vida sexual», Martina tiene una gran anagnórisis. Ve «la tercera cara de la moneda» (190): el mundo abandona a los niños a su suerte, convirtiéndolos en seres «dispuesto[s] a todo, absolutamente a todo, por una caricia tierna» (192). Damián supo ver este desamparo en la Martinita de 8 años, y acertó a darle el cariño (más otra cosa) que anhelaba. El final feliz de este canto al libertinaje es la reunión de Martina, cuyas artes sublimatorias la han llevado a ser Ministra de Interiores, con Damián, encarcelado injustamente por pederasta.

Cuesta tomar esta novela en serio, porque el despliegue de genitales, fetiches, cópulas y despiporres ocupa aproximadamente 200 de las 209 páginas. Para señalar que la falta de afecto que Martina experimentó de niña la llevó a la promiscuidad, habría bastado un botón de muestra. En cambio, para convencernos que «Damián no era un pederasta. Era un ángel disfrazado de ser humano» (192), habría tenido que llenar más que los pocos folios dedicados al reencuentro.

Empecé la novela de Beccaria apuntando oraciones que parecían sedudas, pero pronto abandoné el ejercicio y comencé a subrayar algunos de los clisés y vuelos retóricos que lastran la prosa. Unos ejemplos: «Por eso yo viví a Damián como la mano tendida en mitad de la soledad del universo. Una mano que conforme me acariciaba entre las piernas me explicaba más sobre mí que cinco mil enciclopedias juntas» (31); «la conciencia de ser hembra no solo [*sic*] viene inscrita en los genes, sino que se va haciendo a fuego lento, desde la cuna»; «Abría para mí la botella del elixir que la naturaleza había inoculado en mi interior, y lo vertía en las copas de la complicidad, para beberlo conmigo, mano a mano, labio

a labio, haciendo de ese rito una fiesta deliciosa» (49); «Pero ya se sabe lo que pasa con las hembras; que se dejan someter hasta cierto punto, y al cabo de un tiempo empiezan a removerse por debajo del macho, estimuladas por su penetración» (65); «La oruga gigante en pie de guerra, como un calabacín tieso apuntando al techo, me saludaba alegre y excitada, a pesar de mi terror inicial ante la novedad» (73). Y lo dejo, porque seguir sería vicio.

University of Florida

GERALDINE C. NICHOLS

Lorenzo Silva. *El nombre de los nuestros*. Barcelona: Destino, 2001. 285 pp.

Con más de una docena de libros publicados, Lorenzo Silva se ha consagrado como un escritor de notable capacidad fabulística. De producción polifacética y sugestiva, pertenece por edad a la toscamente bautizada Generación X, mas su obra no se ajusta a los mismos criterios estéticos posmodernos de ésta.

En *El nombre de los nuestros* cuenta las tribulaciones del soldado común que sufre los desaciertos de los llamados intereses de estado y los caprichos de la clase dominante. Cronológicamente el grueso de la acción se sitúa entre junio y julio de 1921, cuando la feroz acometida de las harkas de Abd-el-Krim demolió las posiciones españolas desplegadas por el General Manuel Fernández Silvestre pocos meses antes. Pero, el marco temporal narrado abarca también el cautiverio y rescate de los españoles apresados durante la ofensiva, y la resolución del conflicto seis años después de sus inicios, episodio presentado en el epílogo.

El relato consigue ofrecer un pormenorizado marco ambiental y político. Capta en todo su trágico e impresionante espectáculo el desmoronamiento de los destacamentos españoles con la, a la vez, pavorosa, heroica y desordenada retirada o brutal liquidación de sus componentes. Destaca la prosa exacta, elegante y evocadora de Silva, un escritor que con su capacidad descriptiva hace vivir una atmósfera densa y plena de altibajos emocionales. Se vale de un montaje secuencial que mediante la ingeniosa distribución de los capítulos alterna entre las posiciones de Talilit, Afrau y Dar Drius, los ejes geográficos de la acción. Cada permutación del espacio narrativo conlleva variantes en los personajes que aparecen, aunque en determinados instantes de la trama algunos de ellos coinciden en el mismo contexto. Esta técnica proporciona un cambio constante de perspectiva en la narración, lo cual va matizando o reinterpretando los acontecimientos paulatinamente en cada capítulo. No en vano, se rumorea una próxima adaptación cinematográfica del texto.

La novela está escrita con verbo ágil, preciso y cómodo. Con notable acierto, se gradúa el ritmo del relato acaparando en todo momento la aten-